

# This world, other worlds. Sickness, suicide, death and the afterlife among the Vaqueiros de Alzada of Spain

María, Cátedra

The University of Chicago Press. Chicago 1992.

*This World, other worlds*, es una cuidada versión inglesa, realizada por William A. Christian Jr., de *La muerte y otros mundos*, (Júcar Universidad, 1988). Se añade, respecto al original en castellano, una información complementaria sobre los Vaqueiros de Alzada, ya conocida para el lector en lengua castellana por otras obras de la autora, y se introducen ligeras modificaciones en el texto que dan a la obra una configuración más lineal. Así pues, aunque el contenido básico es el mismo que el de la edición española, su aparición en inglés es un buen pretexto para reflexionar de nuevo sobre esta investigación que, en su día, mereció el premio Marqués de Lozoya de Antropología.

El eje sobre el que pivota toda la obra es la idea de que para los vaqueiros la muerte y el más allá son, ante todo, aspectos de su propia vida. Lo son cuando se inicia el proceso del morir con la enfermedad (primera parte); en el momento de producirse la muerte (segunda parte) y cuando se plantean la realidad del después de la muerte... (tercera parte). Si no se lee la obra teniendo en cuenta esta conexión entre este mundo y otros mundos (como felizmente se recoge en el título de la versión inglesa, más expresivo del contenido de la obra que el de la edición castellana), se perderá buena parte de la originalidad del enfoque y, desde luego, pasará desapercibido el argumento que sustenta los materiales empíricos.

Efectivamente, todo el entramado de creencias cosmológicas de los vaqueiros aparece como justificación de unas formas de vida cuyos marcos de actividad se despliegan desde la casa y las brañas. Los conceptos de maldito y bendito, que guían el análisis del primer largo capítulo del libro, se nos muestran como un reflejo del continuo discernimiento que el vaqueiro tiene que hacer entre los objetos, los animales, las estrategias vitales, las personas y, en general, las relaciones sociales que le rodean. De todo esto ha escrito María Cátedra explícitamente en otras obras, y aquí aparecen los argumentos apuntados y, en ocasiones, sugerentemente expuestos.

En este contexto es sumamente interesante la conclusión, hasta cierto punto paradójica, a la que llega la autora. Por una parte la

extrema nitidez de la clasificación de la realidad en el ámbito de lo maldito y de lo bendito, y por otra la ambigüedad con la que se encuentra al tratar de encajar los elementos del mundo vaqueiro en esas dos categorías. En el primer caso está claro que lo bendito se define en relación con valores que tienen que ver con el mantenimiento de las casas vaqueiras. Las enfermedades, que rompen el equilibrio del sistema corporal, afectan a la vida vaqueira de braña y casa de una manera radical. Bendito/maldito; bien/mal, son equivalentes, en una de sus acepciones, a lo de dentro y a lo de fuera. De fuera vienen alimentos extraños, enfermedades nuevas, remedios que causan mal, pero también la esterilidad, y la desgracia en general (pág. 63 ss.). Por otro lado aunque lo bendito enraza en la vida de las brañas y más puntualmente de cada una de las casas, hay situaciones internas que pueden producir desgracias y ser en consecuencia malditas. El estudio de la envidia que cierra este primer capítulo sobre la enfermedad lo pone bien en evidencia. Dentro de la braña hay malos vecinos, liosos, egoístas y por supuesto envidiosos (pág. 68). Aunque la igualdad es frecuente hay casas que medran más que las demás... Son demasiadas las circunstancias en las que la casa vaqueira se encuentra expuesta al conflicto con los de dentro como para que la mentalidad vaqueira pueda ser receptiva al maniqueísmo que pudiera estar implícito en una estructuración dicotómica de la realidad (dentro y fuera...), y para que, en consecuencia, la ambigüedad no aflore en la conceptualización de las categorías básicas del sistema. La autora ha sabido poner de manifiesto esta incoherencia de los sistemas de clasificación, y lejos de ver en ello un obstáculo teórico hacia esa meta del "todo tiene que encajar" que aparece con frecuencia implícita en los estudios sobre estas materias, y que se suelen tomar como criterio suficiente para avalar la pertinencia del propio análisis (lo que en más de una ocasión ha llevado a la manipulación de los datos), asume el fenómeno y trata de explicarlo. Los sistemas de clasificación, nos viene a decir, han de leerse en el contexto ecológico y económico en el que aparecen y tienen relación con la ambivalencia de los asuntos humanos. "Sería un error no considerar la ambigüedad que aparece una y otra vez en estas páginas en relación a muy diferentes contenidos (especialistas, oposiciones como bendito y maldito, en las brujas y los espíritus). El modelo binario tiende a suprimir modos cualitativos ya analógicos de pensamiento que merece la pena poner de manifiesto" (pág. 346).

A medida que avanzamos en la obra, este marco de la braña y de la casa, como ineludible contexto explicativo, se reitera de forma todavía más explícita. Al final del capítulo tercero se concluye todo el estudio de la muerte con un excelente análisis de su proceso desde la casa. La novedad en el tratamiento de la muerte que hace María Cátedra está en la forma cómo nos muestra que la muerte se construye culturalmente y que entre los vaqueiros el camino se inicia con tiempo suficiente como para que los más próximos a ella aprendan a afrontarla. De esta manera, el estudio de la muerte coincide con el de una etapa de la vida. La buena muerte es aquella que no separa al vaqueiro de sus actividades domésticas, la mala es la que le postra, le margina en vida y le hace avanzar hacia el final desconectado de las actividades que habitualmente suceden en la casa. Pero, en la medida en que la muerte se une a la vida, vuelve la ambigüedad a instalarse en las relaciones domésticas, los problemas que la acompañan se reactivan en torno al que está llamado a protagonizarla: el rol del anciano vaqueiro como padre y amo; la necesidad de continuar la casa y al mismo tiempo de lograr una seguridad individual (194 s.): ello ocurre en ese instante en el que es necesario poner en manos de la siguiente generación las riendas

de la casa, a cambio de garantías de atención en la vejez. Pero con esta cesión del mando el vaqueiro inicia inexorablemente “la primera etapa en la transición hacia la muerte” natural. De esta manera el signo diacrítico de la muerte es un acontecimiento doméstico, sustentado en el atento control de los vecinos, que acompaña a la inexpresada normativa sobre este momento. Todo ello contribuye a la definición cultural del proceso.

La autora hace también una buena aportación al estudio del suicidio, como una forma de muerte peculiar. El suicidio no es un acontecimiento individual. Se produce en el marco de las relaciones dentro de la casa. A veces estas relaciones son personales y la comunidad está atenta para atribuir responsabilidades a los vivos, si fuera el caso, pero con más frecuencia juegan un papel importante aquellas que se producen como consecuencia del entramado institucional de la vida doméstica. Las observaciones sobre los suicidios de hombres y mujeres, a la luz de los distintos roles que ambos juegan en la sociedad, de la transmisión dentro de la casa de “las enfermedades” que pueden llevar a suicidio, o de la idea de destino asociada a la herencia de la casa, que convierte al suicidio en una expiación moral, son no solamente precisas, sino innovadoras en las explicaciones de fenómenos de esta naturaleza.

En la misma línea de coherencia explicativa se trata también el después de la muerte. El más allá se entiende también en el contexto de la casa. Los muertos juegan el papel de jueces y víctimas respecto de los vivos (pág. 323). Se comunican con ellos de múltiples formas y les reprochan sus conductas, son abanderados del orden moral, y les responsabilizan de su situación en el otro mundo. Lo importante de este complejo de creencias es obviamente su capacidad de generar conductas, que afectan en su conjunto a los miembros de la casa (pág. 324).

Tras esta visión global del contenido de la obra, voy a hacer algunas consideraciones sobre las estrategias de la investigación. Los datos a los que recurre en esta ocasión María Cátedra son preferentemente verbales, es decir, discursos de los informantes, en los que ante todo hablan de sus creencias cosmológicas. A pesar de que, como ella nos dice (pág. 25), asistió a entierros y aniversarios, dio pésames, visitó enfermos e incluso amortajó a algún muerto, sus materiales provienen de unas 250 horas de entrevistas en profundidad a vaqueiros de todo tipo, pero sobre todo ancianos “por su especial sensibilidad hacia el tema”. La utilización de materiales de esta naturaleza, dejando hablar a sus informantes con largas citas, lo justifica la autora en su empeño de favorecer que sea el propio material el que fuerce al autor en sus interpretaciones y no al revés (pág. 25).

Es posible cuestionar la validez de estos discursos cuando se toman como sustitutos de conductas. Los informantes nos transmiten, por lo general de forma sesgada, lo que sucede... Es bastante evidente, sin embargo, que no todas las realidades que analizan los antropólogos son homogéneas, ni similarmente observables. Las cosmovisiones y clasificaciones se resisten a ser contrastadas en las conductas. Lo que los informantes nos cuentan en su lenguaje sigue siendo el material más pertinente para desentrañarlas. Pero estos discursos en los que se objetivan son, en sí mismos, un fenómeno social: conducta al fin y al cabo, y que como tal deben investigarse contrastando no tanto su dimensión referencial, cuanto su mismo significado en contextos de uso. La autora procede así cuando se encuentra por ejemplo, con la misma conducta incoherente del discurso y aborda el problema del significado de la ambigüedad, al que ya me he referido.

Pero cuando se toma esta estrategia de investigación y se opta por materiales de esta naturaleza son necesarios dos requisitos,

uno que la información sea suficientemente representativa, y segundo que se lea en el contexto, si no de sus referentes —que son obviamente inaccesibles—, sí en el de sus condiciones de utilización. Respecto al primer punto la información que se recoge es apabullante, si bien hubiese sido de desear una catalogación de los informantes de acuerdo con algunas variables individuales y sociales. Respecto al segundo requisito la obra explicita las claves suficientes para entender los discursos, pero no recrea explícitamente los contextos en los que éstos deben leerse. Por ello *This world, other worlds* nos remite necesariamente a toda la obra de la autora sobre los vaqueiros para una mayor información. En realidad este trabajo cierra el ciclo de investigación iniciado en 1970. Claramente se explicita en la obra que tras el estudio de la vida de los vaqueiros se desencadenó el interés por la forma de su muerte. La continuidad entre esta obra de la autora y las anteriores está bien expresada en esa afirmación: la muerte, como acabamos de ver, no es más que un aspecto de la vida.

Por último quiero hacer una referencia a lo que este estudio significa en la investigación del problema vaqueiro. La autora resume en esta versión las diferentes interpretaciones que se han dado a la existencia de los vaqueiros como grupo marginal y reitera su visión del problema, tal como ya había sido analizado por ella en otro lugar (Mito e Historia de los Vaqueiros de Alzada, *Análisis e Investigaciones Culturales (AIC)* 26, pág. 11-28). Después de descalificar aquellas interpretaciones que atribuyen un origen peculiar a los vaqueiros, enlaza con la tesis de J. Uría Rúa, que justifican esas características como derivadas de las peculiaridades en las formas de vida de los vaqueiros en relación con sus vecinos. Las preguntas que se plantea María Cátedra al final de la investigación (págs. 352 y ss) son pues ineludibles. ¿Qué pueden aportar todos estos datos a la clarificación del problema vaqueiro, es decir, a la cuestión de sus orígenes y de su marginalidad? La autora, partiendo del hecho obvio de que los vaqueiros son tan asturianos como sus vecinos, apunta dos posibilidades: que entre ellos haya perdurado el sistema de creencias con toda su coherencia, mientras que en el resto haya desaparecido; o bien, de forma más plausible, que los vaqueiros hayan recreado su cosmovisión partiendo de elementos preexistentes, siendo el producto el resultado de un ejercicio progresivo de *bricolage levi-straussiano*. A pesar de su inclinación por esta última posibilidad suspende el juicio por falta de datos con los que se puedan comparar los suyos (pág. 353).

Pienso que se apunta aquí a una lúcida contrastación de la hipótesis que defiende sobre las peculiaridades vaqueiras. Creo que una comparación con otros materiales de los grupos circundantes llevaría posiblemente a la conclusión de que las singularidades de la cosmovisión vaqueira son menos radicales de lo que pudiera parecer. El que haya trabajado en zonas próximas a los concejos vaqueiros puede sospechar que incluso las peculiaridades de la vida vaqueira son variaciones, bastante especializadas, sobre unos condicionantes de subsistencia comunes en el occidente asturiano. En toda esta zona la ganadería tiene más importancia que la agricultura como forma de vida. Sin llegar a la práctica de la trashumancia los habitantes de esta zona recorren con sus ganados los caminos de los montes vecinales, cuando las condiciones de los prados próximos a los pueblos lo exigen y, en ocasiones, los sueltan durante largas temporadas en los puertos. Mi conocimiento de Los Oscos del occidente astur, avala esta consideración, y ello me pareció así desde que tuve oportunidad de leer algunas de las publicaciones existentes sobre los vaqueiros, entre ellas las de María Cátedra. El paisaje que hoy ofrecen estos concejos, con una buena parte de las antiguas tierras de labor transformadas en pastizales, indica bien a las claras que en determinadas condiciones demográficas y de mer-

cado, la focalización hacia la ganadería es inevitable. En este contexto, y sin restar importancia a las tecnologías de nuestro siglo, uno casi estaría tentado a afirmar que, si las condiciones externas no lo impidiesen, la especialización que asumieron en su día los vaqueiros no sería el pasado, sino el futuro de esta zona.

Sin embargo creo que es en el tema de las creencias en el que esta conexión entre los concejos vaqueiros y los no vaqueiros colindantes se confirma mejor. Sin negar ciertas peculiaridades, la mayor parte del material del mundo vaqueiro que aquí se nos descubre se reitera en los concejos vecinos, y el parámetro de la casa bajo el que María Cátedra lo trata sirve también en estos últimos de hilo conductor para entenderlos. Si esto es así *This world, other worlds* sería la confirmación más exhaustiva de la inconsistencia de teorías antiguas y de alguna que otra frivolidad moderna sobre los vaqueiros. Desde J. Uría Ríu y las obras anteriores de María Cátedra sabíamos que esto era así, ahora contamos con suficientes argumentos para defenderlo.

La autora habla en la introducción de que su decisión de ofrecer explícitamente el abundante material con el que trabaja tiene también la finalidad de que otros antropólogos lo retomen y reutili-

cen en investigaciones paralelas (pág. 26). Esta contrastación entre los materiales vaqueiros y otros de las áreas afines, además de ilustrarnos sobre el valor histórico de algunos mitos étnicos, nos puede plantear problemas teóricos de gran interés. Por ejemplo el de las relaciones entre las formas de vida y las creencias, o más expresamente el del ritmo diferencial de los procesos de cambio dentro de las sociedades. La relativa flexibilidad y ambigüedad de los procesos cognitivos permite encontrarlos muy reiterados en configuraciones sociales que, aunque diferentes, se presentan en ocasiones como variaciones relativamente singulares a problemas de subsistencia paralelos.

En este sentido entiendo que la obra de María Cátedra no sólo es una buena culminación de su dedicación al estudio monográfico de una comunidad, y una aportación concluyente al llamado problema vaqueiro, sino también una aportación de materiales y recursos de investigación abiertos a la comparación y, en consecuencia, al desarrollo de la teoría antropológica.

**José Luis García García**